

## MISCELÁNEA

## TEMOR Y TEMBLOR (APUNTES SOBRE JOSÉ TOMÁS BOVES)

Edgardo Mondolfi Gudat (\*)

El mismo año en que nacía en Copenhague el filósofo Soren Kierkegaard, el ex marino y ex pulpero José Tomás Boves se hallaba despenando almas a lanzazos en un radio que tarde o temprano abarcaría todo el pecho de los Llanos venezolanos, desde Espino hasta Urica. Casualmente, uno de los libros más conocidos del filósofo danés lleva por título *Temor y temblor*, y son tal vez estas mismas palabras las que mejor definen el huracán de violencia con que a primera vista solemos asociar al caudillo asturiano tras su paso por estas tierras.

De todo el plantel, Boves es el “monstruo” que menos hemos podido domesticar y que, por tanto, guardamos con pavor en el sótano de nuestra conciencia colectiva. “Aborto de Gijón”, lo bautizó un retratista contemporáneo, aludiendo así a la localidad española que lo hizo más célebre antes de emprender su aventura trasatlántica; como “demonio en figura de hombre” lo calificó Daniel O’Leary mientras que a Bolívar le mereció el epíteto de “demonio en carne humana”; de “cruel por instinto” lo tildó con dureza el memorialista José Francisco Heredia; “desalmado”, lo llama el escritor Feliciano Montenegro y Colón; como “aborto infernal” lo tacha Juan Vicente González; como “personalidad paranoica y sanguinaria” lo define Francisco Herrera Luque, y en esta última opinión lo secundan algunos historiadores lo suficientemente familiarizados con el personaje como José Antonio de Armas Chitty.

Hasta una revista que hablaba al corazón –*La Guirnalda*, editada en Caracas en 1839, y cuyo subtítulo aclaraba que iba dirigida “a las hermosas da-

---

(\*) Escritor e historiador. Licenciado en Letras por la UCV, Magister y Estudios Internacionales por The American University (Washington, DC) y actualmente candidato al Doctorado en Historia (UCAB). Es profesor de la Universidad Metropolitana. Este ensayo es un anticipo de su libro *Mudar derrotas*, Editorial Comala, 2006.

mas venezolanas”- recogía así, en uno de los relatos que conformaban sus habituales entregas, el mito de la desolación encarnado en Boves: “La multitud se atropella y corre sin saber a dónde, y se escuchan distintamente las voces de ¡llega Boves!, ¡muerte!, ¡desolación!, ¡incendio!... y los ecos de las lóbregas y elevadas bóvedas del templo, repiten sorda y pavorosamente: ¡Boves!, ¡muerte!, ¡desolación! ¡incendio!”

La imagen del Boves “demonio” ha persistido tanto después de haber abandonado la escena, que entre los caraqueños de antaño no sólo se tenía por expresión adecuada decir que alguien era “más malo que Boves”, sino que hasta Juan Vicente González, en su *Biografía de José Félix Ribas*, trae a cuento los ejemplos sobre los cuales predicó un fraile avecindado en Caracas muchos años después de la muerte del asturiano, quien solía aterrorizar a los feligreses desde el púlpito contándoles cómo Boves fue engendrado en las entrañas de un “súcubo”, cómo fue que Dios lo creó en una isla apartada y cómo llegó a ser el azote de los pueblos de Venezuela que habían incurrido en pecado.

Paradójicamente es mucho lo que se ha escrito sobre Boves y poco, al mismo tiempo, lo que pueda decirse de él que emane de fuentes que pudiesen calificarse como de fidedignas o que no sobrevaloricen el testimonio republicano. De hecho, todo o casi todo lo que se dice o se escribe sobre Boves lo condena a no parecerse a nadie más en la Historia de Venezuela. No existe un personaje más tomado por el odio o más censurado tácitamente que él. Tanto así que no cuesta nada inferir del rápido inventario que adorna los párrafos anteriores que son innumerables los epítetos que nos preparan para prejuizar de entrada la actuación de quien, en el corto espacio de 32 meses, entre mayo de 1812 y diciembre de 1814, fue leyendo las claves e identificando el camino para, de golpe, adueñarse de las circunstancias de un país que se había visto llevado a deslizarse hacia el caos y la anarquía.

Aún más extrañas resultan otras paradojas que informan la vida de Boves y que a la vez presentan escollos formidables a la hora de intentar comprender su actuación: el hijo de un pequeño hidalgo que viviendo tan lejos del mar y sin haber escuchado jamás el chasquido de una vela, terminó por convertirse en un hábil piloto de mar; el pulpero confinado en Calabozo que acaba descollando como el más diestro jinete de los Llanos centrales venezolanos. Sólo una vida de esfuerzos pudo hacer posibles ambas condiciones, de eso no cabe la menor duda; el problema radica más bien en la falta de elementos que ayuden a explicar mejor la zona psicológica formativa que separan al hombre de tierra del hombre de mar, al pulpero y tratante de bestias del formidable conductor de tropas.

Lamentablemente estos eslabones, como muchos otros de su vida, son pasto del mito, la oscuridad y la confusión, lo cual explica lo fascinante que termina resultando Boves cuando se recurre a él más como recurso literario. En este sentido, pienso en la obra de teatro de Francisco Cuevas Cancino, *El Baile de Boves*, y más que evidentemente en la novela *Boves el Urogallo* de Francisco Herrera Luque, sin que el resultado final de una u otra les reste mérito alguno. Ambas, especialmente la última, son obras muy populares dentro del género de la ficción. Lo que pretendo aclarar, en cualquier caso, es que casi todo lo que se afirma acerca de Boves, incluyendo el grado con que ejerció el arte de la crueldad, tiende a verse enriquecido por las piedras de la fábula.

Procuraré demostrar lo que digo sobre la base de aquellos dos episodios tan enigmáticos de su vida: primero, el hecho de que Boves conociera la ciencia de navegar y hubiese egresado con buenas calificaciones en aritmética, álgebra, geografía y trigonometría del Instituto Real Asturiano, lo califican de entrada como un poco menos feraz de lo que comúnmente le atribuye la tradición (“no tiene conocimiento ni ningún género de instrucción”, dirá de él un acreditado realista); en segundo lugar, su condición de pulpero, de hombre emprendedor, debió llevarlo a lo largo de varios años no documentados de su vida a conocer los Llanos, a dominar la mentalidad de los lugareños, a atizar sus miedos, a explotar sus mitos, y hacer que por esa vía comenzara a ejercerse lentamente la sugestión de su autoridad.

Lejos, pues, de la realidad anida entonces el Boves que obra como una suerte de “Dr. Jekyll y Mr. Hide”: el pulpero que tras recibir unos azotes por proferir supuestos juicios antirrepublicanos, sale de Calabozo, renuncia de golpe a su mentalidad de comerciante y se entrega a los más oscuros instintos vampíricos. El comerciante que desaparece y le cede la ruta al monstruo. Aquél modesto pulpero que pasa de un estado de humillado y ofendido al de caudillo que luce a partir de entonces una impenetrable piel de león y que se pasea blasonando su bien acreditada fama de crueldad. Ésa es sin duda la estampa más común que nos hemos formado de Boves y, tal vez, a falta de mayores evidencias documentales, lamentablemente la única que nos suele acompañar.

La historia republicana más tradicional da a entender que Boves simplemente pudo terminar militando del lado insurgente, pero que sólo un azar hizo que cayera del lado contrario a la Primera República. El juicio —y la autoridad en el que se sustenta— es nada menos que de Rafael María

Baralt. Veamos cómo lo resume el historiador zuliano: “Un acto de injusticia lo arrojó más tarde al partido opuesto, repleto el pecho de odio y de venganza”.

Sin embargo, los escasos datos con que contamos acerca de las circunstancias de su vida en 1812 hacen suponer, casi con seguridad, que no fueron nada más aquellos azotes los que lo aventaron al campo contrario por un simple reconcomio de carácter personal. Pudieron –sí– liberar sus rencores. Pero lo importante es que Boves pudo llegar a intuir que, fuera lo que fuese la “causa” republicana, se hallaba irremediablemente perdida a menos que el Gobierno de Caracas abandonara radicalmente su actitud de ser aquel elaborado juego de patricios que se inauguró con el tumulto del 19 de abril de 1810. Un tumulto que no pasó de ser una gesta nobiliaria y que proyectó ese mismo espíritu en los quiméricos debates del Congreso Constituyente de 1811. Por eso, por una visión tan clara de lo que ocurría a su alrededor, fue que Boves pudo comenzar a pulir un prestigio que poco a poco fue satisfaciendo profundamente sus ambiciones de poder.

Pero existen otros datos, tanto o más oscuros, que tampoco ayudan a desentrañar sus designios. Su alma ahorrativa y previsiva, de hombre esforzado a cuenta de su escaso dinero, debió formar en el Boves pulpero algún concepto de propiedad. Y en efecto así fue, sobre todo cuando en 1814 –el año de su gloria y, también, de su muerte– le tocara ser algo así como el “amo” inconsulto de Venezuela.

De hecho, si uno observa con cierta atención, la mayoría de los jefes que tomaron parte en la insurrección de 1814 a favor de la causa leal venían de haberse desempeñado como pequeños comerciantes, pulperos y tenderos en el interior del país. Pero en el caso particular de Boves esto, a primera vista, y como es natural, no se condice para nada con la naturaleza de aquel forajido que se destacaría cabalgando por los Llanos al frente de sus huestes y dando a saqueo a las poblaciones que consiguiera a su paso.

En este punto, es pertinente el atinado juicio del historiador venezolano Germán Carrera Damas, quien como pocos se ha dado a estudiar la actuación de Boves en sus justos alcances y, por ende, lejos de cuanto de artificioso, torcido y deleznable se tiende a repetir acerca de él. Que Boves saqueara era natural; a tal respecto no hacía nada distinto de quienes lo precedieron o le sucedieron durante aquella contienda de exterminio. A

falta de una guerra que se apoyara en esos momentos en la figura de una intendencia militar, el saqueo equivalía a la manera más directa, expedita y hasta única de suplir las necesidades de un ejército desprovisto de recursos regulares. Más aún, los insurgentes —con Bolívar a la cabeza— experimentaban similares faltas de abastecimiento, aunque eran mucho más dados a encubrir la práctica del saqueo bajo modalidades que lucían mejor aceptadas dentro del mundo militar. Siendo tales las condiciones objetivas de una guerra feroz y prolongada, poca duda cabe de que Boves se entregara a subvenir las necesidades materiales de su tropa en forma tan expeditiva.

Carrera, sin embargo, es menos inclinado a creer que Boves buscara darle una respuesta de tipo social a esta modalidad de la guerra y, a su juicio, todo intento por convertirlo en exponente de las más profundas reivindicaciones de las masas populares significa investirlo de un papel “revolucionario” que jamás llegó a detentar.

Puede que Boves no llegara a ser un caudillo revolucionario en el sentido más ortodoxo del concepto; pero me parece que en la forma como él lo concebía, el saqueo cumplía una función social que iba mucho más allá de la necesidad básica de apertrechar a sus montoneras.

La cuestión se complica aún más porque, indudablemente, Boves no contaba, hasta donde es dable suponer, con un programa político que hiciera atractiva su causa, o que modificara la simple ecuación que lo inspiraba: la de continuar haciendo la guerra para seguir viviendo de ella.

Por tanto, sería simplemente equivocado sostener que Boves arrastró el indeciso espíritu reaccionario que campeaba en la llanura venezolana porque se calificara a sí mismo como “realista”. Esto es así porque si bien algo de cierto hay en el hecho de que la población nómada de los Llanos no tenía conciencia alguna de una patria propia y que, por ende, la idea de una “independencia” era para el llanero de entonces una sedición difícil de entender, tampoco era, estrictamente hablando, afecto a la corona. Si el peón libre era ya de por sí escasamente afecto a los dueños de las propiedades en las que laboraba con dureza, bastaba con que Boves atizara la revuelta, lo arrastrara tras de sí y lo contagiara de su propio furor. El prestigio de Boves en los Llanos venezolanos —y es preciso repetirlo— no se fundaba en programa político alguno. Boves ofrecía pillaje y botín a sus huestes nómadas, y cuando las circunstancias así lo permitían, repartía las casas y bienes de los muertos y daba a los suyos “papeletas” que les permitieran alzarse con la propiedad de los blancos.

Boves –como llevo dicho– repartía, y lo más importante es que repartía lo ajeno, introduciendo en nuestra Historia (aunque Carrera Damas sea también un tanto refractario a esta tesis) un protoconcepto de “justicia distributiva” que hizo que ya en el siglo XIX Juan Vicente González lo tildara en frase cuajada de ironía como “el primer jefe de la democracia” en Venezuela. Y aunque esta afirmación llenase de estupor a historiadores como Augusto Mijares, el juicio de González –huelga decirlo– sigue penetrando tan hondo que llega a morder con dolor en las entrañas venezolanas.

Por eso cabe preguntarse hasta dónde –Domingo Monteverde primero y Boves después– actuaban realmente movidos por un sentimiento de dependencia peninsular. O si más bien sólo obedecían en el fondo a sus propios intereses, como caudillos pagados de sí mismos. Redondeemos la pregunta de la siguiente manera, ¿cuánta sintonía podía existir entre Boves y una Monarquía absolutista al otro lado del Atlántico?

En algo podría ayudarnos a despejar estas interrogantes el hecho de que tanto Monteverde como Boves sostenían la causa de una España ausente, aquella que se desangraba en su propio conflicto en contra –o a favor– de Napoleón Bonaparte, y que estuvo impedida hasta 1815 de enviar “expediciones pacificadoras” a Venezuela. Si esto no explica por sí solo el que fueran hombres alzados con el mando, creo entonces que la respuesta podría confirmarse en la actitud que ambos llegaron a asumir con respecto a sus propios superiores. Entre marzo y julio de 1812, Monteverde marcha de desacato en desacato desde que parte de Coro hacia Caracas desobedeciendo alternativamente a su superior militar, el comandante José Ceballos, y a su superior civil, el Capitán General Fernando Miyares, aquel poco recordado sustituto de Vicente Emparan. Boves, por su parte, tan pronto como Monteverde se recluya en Puerto Cabello a lamerse las heridas que le infligiera Bolívar en 1813, hará lo propio con Juan Manuel Cajigal, militar ordenancista y en poco tiempo nuevo Capitán General, quien apostará permanentemente a la desafiante esperanza de domeñar al asturiano. Cajigal llamará repetidas veces al orden a Boves por invasión de atribuciones y se quejará ante el Rey recién reinstalado en el trono tras el fin de la ocupación napoleónica. De él se quejarán también las autoridades de la Real Audiencia de Caracas que prefirieron reconocer a Cajigal en el mando. Pero tanto Cajigal como aquellas autoridades meramente formales de la Real Audiencia, terminarán viéndose constantemente disminuidas ante los pasos agigantados que cobraba Boves por casi todo el país.

Alguien afirmaba que la Historia, como la contabilidad, había que llevarla por partida doble. En términos más prosaicos, esto equivale a decir que

toda cabuya tiene dos puntas. ¿Por dónde empieza entonces la rendición de cuentas? La guerra y el ciclón de demencia que formó a Boves, ¿por quién fue provocada? Según un memorialista de la época, quien veía todo el horror de cuanto acontecía desde el lado leal a la corona, Boves debía calificarse sin más como una “fiera desencadenada por consecuencia de las crueldades de Bolívar”.

Haciendo buena esta aserción del memorialista José Francisco Heredia, podría encerrarse entre las elegantes curvas de una interrogación si Boves llegó a ser más sanguinario y cruel que sus contemporáneos en el campo contrario. Precisamente aquí, hombres como José Félix Ribas, José Francisco Bermúdez, Juan Bautista Arismendi o Antonio Nicolás Briceño, por ejemplo, tienen por detrás el peso de una tradición redentora con la que no cuenta el asturiano. Veamos esto a la luz de algunas de las disposiciones consagradas en un “reglamento de enganche” que aquel “filósofo sombrío” (como lo llamara Juan Vicente González), es decir, el propio Briceño, formuló e hizo circular en Cartagena, en enero de 1813: “Como el fin principal de esta guerra es el de exterminar en Venezuela la raza maldita de los españoles de Europa, sin exceptuar los isleños de Canarias, todos los españoles son excluidos de esta expedición, por buenos patriotas que parezcan, puesto que ninguno de ellos debe quedar con vida, no admitiéndose excepción ni motivo alguno. (...) Para tener derecho a una recompensa, o a un grado, bastará presentar cierto número de cabezas de españoles o de isleños canarios. El soldado que presente veinte será abanderado en actividad; treinta valdrán el grado de teniente, cincuenta, el de capitán, etc.”

Bolívar, por su parte, no dejará de responder de forma impasible al degüello de prisioneros españoles ordenado por Arismendi en el norte de Margarita, ni antes a lo que podría tildarse sin exageración alguna como los linchamientos llevados a cabo en las bóvedas de la Guaira, en febrero de 1814, los mismos días en que se libraba en La Victoria la terrible acción entre Ribas y Boves. En este caso, las insinuaciones más o menos firmes formuladas por el gobernador inglés de Curazao, John Hodgson, a fin de que los agentes de Bolívar moderaran la mano ante los “transportes salvajes” (la frase es de Juan Vicente González) que se verificaban en las bóvedas del puerto, fueron sencillamente despreciadas.

En este punto, como en muchos otros, incide de manera profunda una permanente sobrevaloración del testimonio republicano que no permite

relativizar los excesos de lo ocurrido dentro del contexto de la Guerra a Muerte. Tal es el caso de una célebre “Relación” firmada por el presbítero José Félix Blanco en 1816, la cual nos ha hecho ver que las ejecuciones de La Guaira fueron llevadas a cabo como una medida necesaria para atajar la memoria de “las atrocidades ejecutadas por los españoles” tras la aparición de Domingo Monteverde, o para evitar que se repitiese una “toma” parecida a la de Puerto Cabello que aceleró la caída de la Primera República en julio de 1812. En todo caso, también nos ha hecho ver este publicista que las ejecuciones fueron una respuesta natural del “derecho de represalia” ante la “manifiesta alevosía” y el “desprecio de las formalidades” con que habían obrado Eusebio Antoñanzas en San Juan de los Morros, Antonio Zuazola en Aragua, José Yáñez en Barinas, Francisco Rosete en la sabana de Ocumare y el propio Boves en Calabozo y Espino.

Sin embargo, basta leer la frialdad de los partes que José Leandro Palacios, a la sazón comandante militar de La Guaira, remitía a sus superiores dando cuenta diaria del número exacto de “españoles y canarios” que eran decapitados bajo su supervisión personal, para demostrar que, por muy grande que fueran las críticas formuladas por los insurgentes al “sistema de guerra español”, esta época de la Guerra a Muerte, que cobró su mayor locura homicida entre los años 1813 y 1814, era una vía abierta en dos canales.

De modo que lo que en el caso de Boves es entonces barbaridad inconcebible o síntesis de crueldad, se trasmuta en medida redentora o, al menos, en recurso de atenuación, cuando muchas veces toca calificar y justificar este tipo de actuaciones al momento de haberse visto alentadas por los que militaban del lado de la causa insurgente.

Si la oscuridad y las escasas noticias dominan la vida de Boves desde su llegada a Venezuela, tampoco ayuda mucho el hecho de que su trayectoria fuera tan corta y se viera tan prontamente tronchada (en todo caso, para bien de la República) pues, como es bien conocido, murió atravesado de un lanzazo a los treinta y dos años de edad. Con Boves no sólo ocurre que casi todo tiende a hundirse en los pliegos del misterio sino que, por lo general, lo poco que sabemos acerca de él tiende a pasar por el lente de los propagandistas republicanos de la época que se inclinan a exagerar sus peores rasgos y a deformar aquellos por los que podría salvarse dentro de un juicio histórico más o menos sano. Todos los lugares comunes de la historiografía republicana así lo confirman. Al propio tiempo, su memoria adolece de tan escasa fortuna que ni siquiera llegó a tener dolientes entre los que militaron de su lado en la contienda. Quizá lo único que quedara en la penumbra del infier-

no fuera la devoción por Boves que por mucho tiempo siguió vagando junto con el viento de los Llanos. Porque hasta el general Pablo Morillo, quien arribó a Venezuela con el propósito de “pacificar” al país tras el huracán bovista, preferirá enterrar para siempre esa pesadilla. Al punto de que entre sus primeras medidas estuvo la de prohibir que la *Gaceta de Caracas* recogiera alguna alusión a la oración fúnebre pronunciada por el padre Juan Antonio Rojas Queipo en Maiquetía, a los altares que se le erigieron a Boves en distintas partes del país, o a las oraciones que el difunto suscitó a su alrededor.

Pero hay algo más que perturba al citar a Morillo, y es el hecho de que Boves, por contraposición al primero, será tan “venezolano” en sus actuaciones que por mucho tiempo se creyó por error que era nativo del país. Incluso, en los dominios de la imaginería popular, donde el asturiano inspiró galerones, corridos, décimas y coplas tanto a su favor como en contra, con frecuencia se despañoliza a Boves y se le tiende a asociar más bien con las raíces del poderoso mito vernáculo de la lanza.

Así, pues, Morillo será visto como el invasor por excelencia, en tanto que Boves no puede ser considerado como español en el sentido dilemático con que algunos historiadores han querido presentar a menudo la etapa todavía oscura de los años 1813-1814 como si fuera indicativa de toda la guerra que siguió después. Porque es precisamente aquí, en este punto, con la muerte de Boves y la llegada de Morillo cuando se trocan definitivamente los papeles: mientras que hasta entonces la oficialidad republicana había salido en su mayor parte de las filas del mantuanismo (mudando, como lo afirmara alguna vez Juan Uslar Pietri, el mando de sus haciendas por el del ejército), Boves hablaba el lenguaje de la montonera; pero muerto el asturiano y reemplazado por Morillo, es sólo cuando puede hablarse con más o menos propiedad de una fuerza expedicionaria europea que se enfrenta a unos insurgentes que ya dominan un sentido más popular de la lucha. Morillo, a juicio del propio Juan Uslar, es el invasor europeo: extraño y, por tanto, distinto. Dicho de otro modo, es quien define e internacionaliza aquella guerra. Bolívar, mucho después de la amarga lección de 1814, será quien herede algunos puntos de contacto con la masa venezolana, en cierta medida, gracias al hecho de haber llegado a comprender a Boves. Un testimonio concordante con este juicio es la afirmación del historiador Lino Duarte Level, quien dijo que con la muerte del asturiano, en diciembre de 1814, desaparecía el gran maestro de la causa patriota. Otro juicio, tan certero como aquél para reparar en la verdadera dimensión que llegó a cobrar Boves como jefe absoluto del primer ejército popular, corre inserto en las páginas del libro *Apuntes para retratos*, donde Arturo Uslar Pietri dice en frase memorable: “Boves representa esa otra Venezuela que luchó contra la independencia”.

Resulta difícil reflexionar sobre Boves sin que uno se sustraiga a la sensación de terminar salpicado de sangre. Pero aunque no lo excuso de las desmesuras, atrocidades e inauditas ferocidades que acreditaron su pavorosa carrera entre 1813 y 1814, no sólo relativizó —como he dicho ya— tales excesos frente a aquellos cometidos desde el lado insurgente, sino que creo entrever algunos méritos en su instinto por captar la médula íntima del pueblo venezolano.

Boves, y la época dominada por él, representa quizá el cuadro donde más profundamente se puede penetrar en algunas modalidades del alma venezolana. Tanto, que el tipo de guerra alentada por Boves como estado social, como fuerza disgregadora y de continuidad histórica habrá de recurrir, aunque nunca bajo una modalidad tan sanguinaria, prácticamente hasta donde un siglo XX petrolero inaugurado por Juan Vicente Gómez alcance (no sin muchas dificultades) a ablandar tales tensiones o, cuando menos, a mantener empotrado el desacomodo.

Se trata de una carnadura tan trágica que Boves hará una segunda, una tercera y quién sabe cuántas apariciones más dentro de un siglo que se vio tan marcado por la violencia, la anarquía y las persistentes guerras civiles como fue el siglo XIX. En el fondo, ¿no fue la Guerra Federal, ya con otros actores pero sobre el mismo escenario, un brote del instinto igualitario que alentó Boves en su momento?

Es desde todo punto de vista indudable que el aluvión que significó el año 1814 y la devastación total que arrojó Boves a su paso debió dejar muy maltrecho cualquier intento de construcción institucional durante el resto de ese siglo. Pero es preciso —y justo— no imputarle a él solo la tamaña responsabilidad de contribuir al envilecimiento de la cultura política de un país que había intentado nacer en 1811 como un elevado asunto de intelectuales.

Boves es un caudillo dinámico y popular que mueve y alucina a lo largo de su corta actuación. Fue si se quiere (o si cabe tal expresión) el representante de un caudillismo “inorgánico”, es decir, que no fue factor de organización. Pero tampoco estuvo reñido en ningún momento con un origen popular. Un autor, el español Luis Bermúdez de Castro, dijo de él que era un demócrata por educación, por carácter, por costumbre y por temperamento. No desdeñaba trato alguno con sus tropas; se enteraba de sus particulares asuntos; impartía consejos y compartía la ración de tasajo o lo que hiciera las veces de rancho, características todas que más tarde se verán expuestas en quien habrá de perfilarse, aunque del lado contrario de la contienda, como el legítimo sucesor de Boves y de sus montoneras en los Llanos: José Antonio Páez.

Pero, a pesar de su vehemencia arrolladora, seguimos acostumbrados a verlo más como un monstruo que como el caudillo que sobre las bases de su propio prestigio personal dictó la desbandada de la Segunda República. Una estampa del Boves “clásico” dentro de la órbita de la devastación y la carnicería nos la brinda por ejemplo el testimonio del general John Miller, recogido a su vez de otro oficial británico que remitió esta especie de “retrato hablado” a las oficinas del Almirantazgo en Londres. El de Miller no difiere sensiblemente de otros autores que recrean el mismo episodio. Veamos:

*“Boves condenó a muerte a un patriota; su hijo, joven de doce años, se echó a los pies del tirano implorando la vida de su padre, y éste le contestó: ‘Te la concedo, pero a condición de que te has de dejar cortar una oreja sin hacer ningún movimiento, ni quejarte’. El muchacho replicó: ‘Estoy pronto a hacerlo’. Entonces Boves le dijo: ‘Pero acuérdate, que el más pequeño gesto será el decreto de muerte de tu padre’. Consecuente con este bárbaro contrato, le cortaron la oreja con un cuchillo, durante cuya operación Boves estuvo observando al muchacho, el cual, con una fortaleza sorprendente, sufrió la mutilación, y alcanzó con su sangre fría a salvar la vida de su padre; pero el cruel asesino, en vez de cumplir con su promesa, le dijo: ‘Conozco muy bien por lo que acabas de hacer que serías un enemigo mucho más terrible para España de lo que tu padre lo ha sido; por lo tanto, serás fusilado delante de él’. Es inútil añadir que padre e hijo fueron fusilados enseguida.*

Es justamente debido a este tipo de estampas que no resulta tan fácil invocarlo entre nosotros o asumir la seducción y riesgo que supone discurrir sobre él como una de las grandes interrogantes de la historia venezolana. Y tal vez en este sentido, al menos en el intento por reivindicar algunos de sus rasgos, el fracaso de Boves pueda ayudarnos por oposición a poner de relieve todo lo que el éxito de Bolívar hizo olvidar. Porque aunque Bolívar no lo hubiese admitido jamás, dos cosas al menos le deben él y los suyos a Boves.

En el plano militar, el asturiano se yergue casi como una divisoria de aguas. En Venezuela, los insurgentes pelearán de muy distinta manera, antes y después de Boves. Así como Pirro les enseñó a los romanos el verdadero camino de la guerra, Bolívar comenzará a suplir sus debilidades luego de aprender de aquellas atronadoras cargas del asturiano y, también, de aquella aptitud para mantener la disciplina entre sus propias filas que diezmaron a la Segunda República, sembró de incertidumbre al enemigo y aventó nuevamente a buena parte de su dirigencia al destierro.

Aparte, alguna fibra debió poseer aquel guerrero que no sólo llegó a dirigir un ejército de 3 a 4 mil hombres, una cifra asombrosa para el país de la época, sino que fue capaz de haber hecho morder el polvo, con excepción de José Félix Ribas, a todos los principales capitanes de la revolución venezolana, desde Bolívar y Santiago Mariño, pasando por Vicente Campo Elías, José Francisco Bermúdez y Manuel Piar, cuyos batallones fue destrozando tras inverosímiles marchas.

Por otra parte, y ya en el plano político, cuando Bolívar regresa de Puerto Príncipe en 1816 y haya de revivir la revolución luego de los fracasos de la Primera y Segunda República y darle un contenido más telúrico a la misma, se hallará en cierta forma haciéndole un homenaje indirecto a la insurrección capitaneada por Boves entre 1813 y 1814. En este viraje Bolívar será otro: tendrá, hasta donde cabe ver, un talento mayor para comprender y captar el instinto de lo que está en juego; podrá seducir voluntades, ganarse, de ser posible, un acatamiento incondicional a base de desencadenar las pasiones populares, dudando mucho menos a partir de entonces que la destrucción de las relaciones tradicionales de casta fuese a desatar el caos social en América.

Sin embargo, a pesar de estos antecedentes, y como es lógico suponer, nada de esto hay en el epistolario de Bolívar. Si uno revisa sus cartas de la época, Boves no pasa de ser calificado por el Libertador como un satélite de Monteverde, “dispuesto a quitar la vida sin piedad, a sangre fría, sin formalidad ni proceso”. Sólo al final, al imponerse de su muerte y aunque hubiese sido tan renuente hasta entonces a concederle mérito alguno, terminará cediendo en un punto clave: “La muerte de Boves es un gran mal para los españoles porque difícilmente se encontrarán reunidas en otro las cualidades de aquel jefe”.

Hallamos además que ni siquiera el testimonio de algunos que lo veían como un militar sólido en sus gestas tiene cabida con mucha frecuencia, pues las más de las veces, Boves se presta entre tales autores a un enfrentamiento cuasi-religioso con Bolívar donde éste representa al bien y aquél, al mal.

Como si lo anterior no bastara, poco o nada, fuera de lo conservado por algunas tradiciones, queda ni siquiera de su figura física; menos aún del hombre privado, descontando algunas narraciones confusas, dudosas o casi perdidas hoy por hoy. Tanto así que Boves ha quedado simplemente para formar filas entre los espectros y aparecidos de la tradición venezolana.

De modo que tan pronto como volvemos la vista hacia el pasado, resulta fácil advertir que hasta las escasas semblanzas que figuran sobre él en la literatura republicana lo acercan inevitablemente a parecerse al modelo de Quasimodo. Lejos de aquellos están quienes lo recuerdan en alguna crónica por su talento para acaudillar, o como insuperable lancero y consumado jinete que tenía el don de desenvolverse como el más experimentado de los jefes militares. Con excepción de juicios como el de Daniel O’Leary, Manuel J. Calle y Liborio Llovera, quienes lo describen como bien proporcionado, de mediana estatura, buen aspecto y de barba escasa que algunas veces se dejaba crecer en los Llanos, sobre Boves se abaten ciertas descripciones que lo acercan más bien al tipo del criminal lombrosiano por excelencia, muy del gusto popular. Una de ellas –y sólo a título de ejemplo– le atribuye una cabeza enorme, ojos turbios, frente chata, barba escasa y roja, nariz y boca como ave de rapiña, cuello tirado hacia atrás y una mirada que sólo era capaz de transmitir fiereza. Otra –para no quedarse atrás en la tipificación física del matón espantable– le agrega ojos saltones, frente rugosa y pómulos salientes, amén de aquella barba que, aparte de escasa y roja, se le antojaba erizada al autor de este testimonio sobre Boves.

El retrato de sus hábitos es, en cambio, un poco más generoso: algunos autores coinciden en privilegiar un supuesto desprecio por el dinero, evidenciado en el furor con que ocasionalmente era capaz de castigar actos de improbidad entre sus subalternos. Por otra parte, sus mismos enemigos no niegan que era muy sobrio en la bebida, lo cual descartaría que su “innata crueldad” estuviese estimulada por el alcohol. Se cita por igual su buena dosis de sangre fría para mantenerse sereno en las peores circunstancias, así como el distintivo rasgo de que hablaba poco y sonreía menos, “excepto en presencia –sostiene un cronista– de una suprema desgracia”.

No hay mucho, pues, que invite a construir una buena figura de este personaje tan tomado por el odio, deformado por el recuerdo y sobre quien gravita la imagen preconcebida del demonio en forma humana. Pero con él persiste el gran enigma, ¿qué habría ocurrido de no haber muerto a los 32 años atravesado por una lanza en Urica? ¿Cuál habría sido la suerte de Bolívar? Sobre todo porque estamos en presencia de quien supo identificarse por instinto con su gente, quien supo encarnar una forma de liderazgo natural moviéndose entre los resortes y rasgos que van a mover la galería de caudillos que han de seguirle a todo lo largo del siglo XIX.

Temor y temblor sigue siendo sin duda la clave para asomarnos a esta etapa ante la cual nos cuesta recuperar el aliento. Aunque en realidad menos por Boves que por toda la época trágica de la Guerra a Muerte que le tocó presidir.